

Ara Antón

Un pueblo mágico... a veces



Editorial AGUSTINIANA

Un pueblo mágico...
a veces



Editorial AGUSTINIANA
GUADARRAMA (MADRID) 2011

ALMO REPOSO

16

Ara Antón

**Un pueblo mágico...
a veces**

Editorial AGUSTINIANA
GUADARRAMA (MADRID) 2011

© **Editorial AGUSTINIANA, 2011**

Paseo de la Alameda, 39.

28440 - GUADARRAMA (Madrid).

Internet: <http://www.agustiniana.es>

E-mail: editorial@agustiniana.es

Textos: Ara Antón

Ilustración de la portada: Ignacio Iserte (2º ESO)

Ilustraciones del interior: Ignacio Iserte y Alicia Martínez (2º ESO)

Dep. Legal: M-44775-2011

ISBN: 978-84-92645-23-7

Imprime: Método Gráfico, SL.

C/ Albasanz, 14 bis, 1ª planta, naves A y B.

20837 Madrid.

Haz lo que puedas.
Dios no te pide más.

San Agustín



Alicia Martínez Hurtado

1

Carlos y Diego habían perdido el sentido del tiempo desde que estaban en aquel pueblo sin televisión ni teléfono. Eran conscientes de que habían trascendido dos semanas, pero algunas veces creían que siempre habían habitado allí. Apenas recordaban su vida en la ciudad y, aunque no olvidaban a sus padres y, hasta en algunos momentos debían hacerse los fuertes para no dejarse arrastrar por el deseo de volver a verlos, ya no sentían la angustia dolorosa de los primeros días, cuando llegaron a creerse abandonados por ellos, en el fin del mundo. La pequeña aldea les estaba mostrando insólitas formas de existencia que no sólo no les desagradaban, sino que les habían asombrado e incluso entusiasmado. Se olvidaron del abatimiento que sintieron el día en que sus padres les habían anunciado que pasarían todo el verano en el lugar, mientras ellos viajaban a Cuba para preparar en la isla su estancia futura.

En un principio imaginaron la aldea como un tedioso espacio en que los días pasarían lentos y pesados; tiempos muertos sin empeños ni novedades. Contaba el lugar con unas pocas casas, en las que vivían preferentemente ancianos, cuyos caminos se dirigían a ninguna parte; su propia familia constaba de dos hombres mayores, su abuelo y un criado, y un tío con síndrome de Down, del que esperaban pocas diversiones, y encima ni siquiera podrían comunicarse

con sus amigos porque, dado que no había gente joven, la administración se limitaba a esperar a que, de forma natural, el pueblo, que en la noche era el descanso entre dos infinitas negruras miedosas, fuera quedándose vacío, evitando hacer inversiones poco rentables, por lo que nunca se habían instalado líneas telefónicas.

Pero todos sus supuestos saltaron por los aires enseguida cuando comenzaron a explorar el pueblo en compañía de Toñín, el hermano de su madre, y Dani, una chica que viajaba con su abuelo y su rebaño, cada verano, a los pastos de los montejes del poblado.

Ahora, después de las aventuras vividas, los dos hermanos se levantaban al amanecer, como era costumbre en la casa de su abuelo, con el entusiasmo de la búsqueda y el descubrimiento que, al menos hasta el momento, no sólo no les había fallado, sino que los tenía fascinados, haciendo que se olvidaran completamente de sus diversiones de la ciudad, que ahora juzgaban infantiles y vacías.

Aquel atardecer se apresuraban en la huerta, regando con calderos y regaderas unos surcos de cebolletas que parecían no acabar nunca. Andaban impacientes porque Matías, el viejo criado, después de pedir permiso a su abuelo, les había propuesto aprender a montar a Astur, el bello caballo que era el único lujo que el dueño de la casa se permitía y al que él mismo cabalgaba algunos días para llegarse hasta el próximo pueblo de Vallecito, que era donde aún quedaba una tienda de comestibles y una farmacia, además de un viejo bar en que todo era tan antiguo como su dueño, quien resistía tras la barra, para no dejar a sus convecinos sin la

partida de los domingos y el café de cada mañana.

Cuando al fin echaron la última regadera a las pérfidas cebollas, que parecían multiplicarse ante sus propios ojos, Toñín se dirigió a las cuadras y volvió con el caballo que, obediente, seguía al muchacho, acariciándole las orejas con sus impacientes ollares. Matías tomó las riendas y, seguido por todos los chicos, se encaminó a un prado próximo, donde les dio las instrucciones necesarias para conseguir subirse a la grupa. En muchas películas habían visto a sus héroes hacerlo con soltura y hasta gracia, pero cuando Carlos quiso intentarlo, le pareció que las ancas del animal eran altísimas y su propio trasero tan pesado que, si no hubiera sido por el empujón que le dio su tío, nunca habría sido capaz de alcanzarlas con el ágil salto que quiso dar, copiando a sus ídolos y que, en su primera intentona, le hizo chocar de lleno con la panza del manso bruto, el cual retrocedió, “molesto por aquel patoso que no tenía ni idea de montar un animal tan bello y ligero como yo” -se sorprendió imaginando el chico qué pensaría Astur-. Un tanto avergonzado después de su torpe intento, vio una cierta burla en los ojos de su hermano, quien, como él mismo, estaría discurrendo que aquello era muy sencillo, después de ver tantas veces los ágiles saltos con que se encaramaban a la silla los actores y actrices de las interminables series que soportaban sentados, durante horas, en su casa de la ciudad. Aquí, en el pueblo, ellos eran los protagonistas y aquello no era tan sencillo. Se rió por lo bajo, imaginando la sorpresa de su hermano cuando hiciera su intento, con las piernas aún más cortas que las suyas propias. Pero no pudo detenerse mucho en sus pensamientos porque Astur comenzó a andar sin esperar a que su jinete tomara siquiera las riendas, acostumbrado como estaba a

que fuera un experto quien lo condujera. Apenas el caballo inició sus rítmicos movimientos, Carlos, a golpe de los acompasados pasos, sintió con terror deslizarse su trasero lateralmente sobre la silla. Se agarró desesperado al arzón, presintiendo la caída que, de seguir el desplazamiento, era inminente. Matías sujetó las riendas y paró al animal, que se detuvo obediente. El chico aprovechó para recolocarse y, sin soltar su asidero, se olvidó de las risitas de Diego, para atender con mayor interés a las explicaciones del criado, quien le mostraba que las riendas han de sujetarse de un modo determinado, y sólo de esa forma, y que las rodillas deben permanecer pegadas siempre al vientre del animal y los pies -lejos de como él los había situado en un primer momento, buscando mejor soporte- apoyados solamente con la puntera... No osó cuestionar ninguna de las normas porque, después de las dos semanas que llevaba en el pueblo, había aprendido que sus ideas no eran las mejores del mundo y que debía escuchar a los mayores, pues habían vivido ya muchas veces sus experiencias y, en algunas, “bueno –concedió, sin rencores- en bastantes”, sabían mucho más de lo que él podía ni siquiera imaginar. Cuando Matías, llevando a Astur cogido por las correas que le rodeaban la cabeza, dejándole las riendas para Carlos, comenzó a andar, éste observó con una cierta tranquilidad que se mantenía en la silla, sin los peligrosos deslizamientos del principio.

-Has de acostumbrarte a los movimientos de animal –aconsejaba el criado- porque cuando galope serán mucho más violentos y has de seguirlos y adaptarte a ellos ya que si no acabarás en el suelo.

Bueno, eso pensaba Matías, pero él se encontraba ya bastante seguro sobre la silla. Indudablemente había naci-

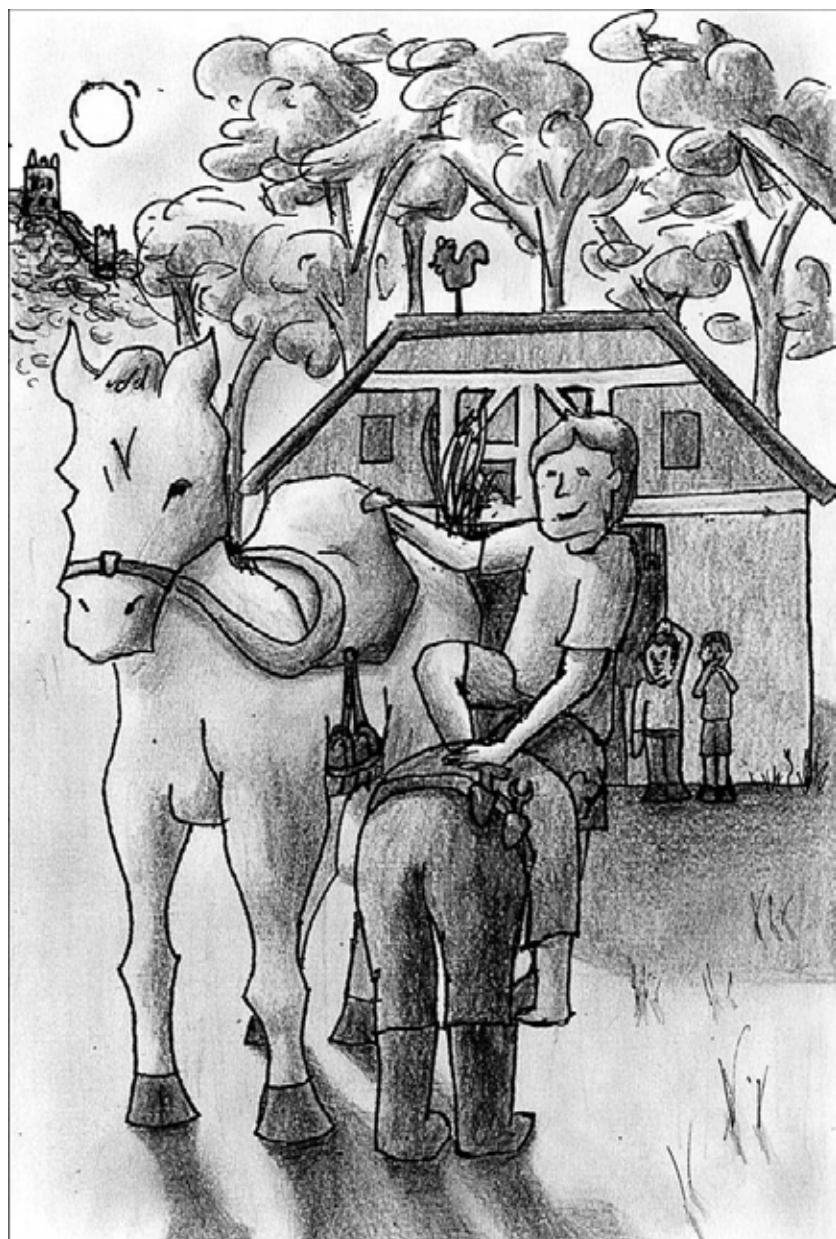
do para montar, pensaba, dominando desde su altura a sus acompañantes y viendo mucho más allá de lo que su vista, desde el suelo, podía ofrecerle. Se sentía una estrella. Tal vez un cowboy de los que recorren las praderas con sus ganados, o uno de aquellos caballeros que habitaron un día lejano el castillo, o...

La costalada fue tremenda. Había dejado de prestar atención a los movimientos de Astur y su trasero, ladinamente, se había ido deslizado sobre la silla hasta que, cuando quiso ser consciente de su precaria postura, ya le fue imposible seguir manteniéndose arriba.

Matías rodeó al animal para acercarse al muchacho con una cierta preocupación en el rostro.

-¿Te has hecho daño?

“Qué pregunta tan idiota” pensó el chico. ¡Pues claro que se había hecho daño! Sentía un hormigueo en las nalgas que le subía por la espalda hasta casi el cuello. Pero, decidido a parecer un héroe de aquellos que soñaba cuando se despistó, se alzó del suelo, con el ceño fruncido, sin una queja, como habría hecho un vaquero de altura. Ignorando las risitas del imbécil de su hermano, decidido a aprender, pidió ayuda a Matías, quien con sus manos improvisó un estribo sobre el que apoyar el pié –por cierto, el contrario al que él habría pensado en un principio- para montar de nuevo y, terco, se colocó en la silla. Se trabucó un poco al tomar las riendas, llegando a creer que le sobraban dedos y por eso no conseguía colocarlas en su exacta postura, pero lo logró al fin y, ahora sí, ahora iba a prestar toda su atención, no sólo a las explicaciones del criado, también a las sacudidas del caballo. Ya verían aquellos memos quién era él.



Ignacio Iserte Pastor

Consiguió dar dos vueltas al prado sin dejar que el trasero volviera a deslizarse ni un centímetro y además manteniendo la espalda recta, que era lo que aconsejaba Matías cada vez que se dejaba caer sobre la silla, sacando barriga.

-¡Estupendo! -jaleó el criado, llenándolo de orgullo-. Ahora baja y permite que tu hermano lo intente.

-Pero ¿es que no vamos a galopar? -preguntó estupefacto.

-Desde luego que no -negó categórico Matías, con una media sonrisa que a Carlos le molestó porque creyó darse cuenta de que el hombre dudaba de su capacidad para convertirse en jinete en una tarde-. Si mañana eres capaz de mantenerte solo, sin que yo sujete a Astur, quizá te explique como debe hacerse un trote.

-Cuando dices solo... ¿quieres decir solo? O sea, ¿que tú no me guiarás? -quiso asegurarse, porque lo del galope dejó de interesarle de repente.

-Eso he querido decir, sí -afirmó el hombre, mirándolo extrañado-. Supongo que no habrías pensado que podrías poner al galope el caballo y que yo correría al lado sujetándolo...

-Desde luego que no -se engalló él, tratando de dominar el pánico que experimentó ante la idea de que Astur no estuviera sujeto más que por sus inexpertas manos-. En fin, sí -aceptó pasando la pierna para un lado, dejándose deslizar como un consumado jinete-. Creo que no debo ser egoísta. Ahora te toca a ti hermanito -sonrió con toda la boca, saboreando ya la derrota del pequeño, la cual se imaginaba cierta e incuestionable porque si a él le había costado tanto subirse y mantenerse, pues... No había acabado su pensamiento cuando ya Diego, ayudado por Matías y con la lección

aprendida al haberla escuchado antes, tomaba las riendas con un estilo consumado. Tuvo que contener su rabia cuando vio que el pequeño, siempre guiado por el criado, dio sus vueltas al recinto sin caerse en ningún momento. “Bueno, mañana veremos. Dejaré que sea el primero, así, cuando yo monte, ya habré oído los consejos de Matías como hoy ha hecho él y...”

-Bueno –dijo el hombre después de ayudar a desmontar a Diego- creo que es hora de que regresemos porque vuestro abuelo...

-Pero ¿no vas a permitir a Toñín que practique? –casi se enfadó Carlos.

-Ya es muy tarde. Mañana quizá; pero no te preocupes, Toñín no necesita practicar, hace muchos años que sabe montar mucho mejor que yo mismo.

-¿Que Toñín sabe montar? –se asombraron a dúo los dos hermanos.

-Pues claro, desde que era muy pequeño. Aquí hace falta conocer y utilizar todos los medios que tenemos a mano, si no la supervivencia podría ser difícil.

-Pero, Toñín... –insistía Carlos, asombrado.

-Sí, Toñín sí –aclaró precariamente el aludido, queriendo explicar que en realidad no era tan difícil y que él había aprendido enseguida y que Astur y él conversaban a veces y que nunca lo había tirado aunque galoparan por el valle... Pero el largo discurso fue mucho más difícil de hilvanar que el dominio de la equitación, de modo que se calló, pensando que el asunto estaba de sobra aclarado y que por tanto era absurdo esforzarse en palabrerías.

Ya habían terminado de cenar y entre todos habían ayudado a Matías a recoger la cocina. Salieron a sentarse junto al abuelo, quien, silencioso y atento, contemplaba el cielo nocturno. Los dos chicos se instalaron a ambos lados de Enrique y también observaron, con un cierto asombro, las miríadas de estrellas que nunca vieron en la ciudad porque las luces de la urbe no lo permitían y porque, además, tampoco les habían interesado en absoluto hasta que llegaron al pueblo y casi se sintieran aplastados por su infinito número y sus titilantes brillos.

Toñín imitó sus posturas y contempló, él también, el firmamento, que tan próximo y familiar le había parecido siempre. Matías le había dado algunos de los nombres de las constelaciones y, casi salmodiándolos, comenzó a repetirlos.

Carlos prestó atención a sus murmullos, pues ahora ya sabía que nada es despreciable en la Creación y que todos tenemos algo que hacer, hasta los más débiles, inválidos o aparentemente incapaces.

-¿Puedes decirlo un poco más alto? -pidió-. Así todos podríamos enterarnos.

Su tío lo miró con un cierto asombro. No entendía muy bien qué le estaba pidiendo. Según su idea, todo el mundo conocía y podía hablar con las estrellas, llamándolas por sus nombres.

-Si os interesa la astronomía -intervino su abuelo- podemos dedicar un rato, en las veladas, a charlar de lo poco que se sabe. Nuestros antepasados utilizaron las estrellas para orientarse en la noche; sus conocimientos eran de orden práctico, aunque también les concedían una gran parte mágica, ya que ignoraban casi todo de ellas. Tengo algunos libros que podríamos consultar, pero, si os soy sincero, todo

son hipótesis y muchas de ellas un tanto infantiles, en su empeño de hacer surgir el universo de algo que no era, en un lugar que no estaba... Como si eso fuera posible. Y si lo fue -dudó, cabeceando- aunque muchos no lo acepten, ya estaríamos hablando de milagro. Porque -se entusiasmó el abuelo, tanto que Matías lo miró asombrado- decidme, ¿puede haber una gran explosión, como ahora nos cuentan, sin materia que explote? Yo pienso que...

Unos golpes en los portones de entrada dejaron en suspenso la frase del abuelo. Matías, sin esperar su orden, ya se había levantado para abrir. Diego quiso impedirlo, advirtiendo que “la puerta no debe abrirse a nadie y mucho menos de noche”, recordando la cantinela que su madre repetía hasta la saciedad en la urbe. Pero no tuvo tiempo; al parecer aquí las normas eran otras, porque el criado no se molestó en preguntar siquiera o mirar por el pequeño cuarterón que una de las puertas tenía en la parte superior. Abrió sin más y, enmarcado por las maderas, con una absoluta oscuridad a su espalda, estaba el doctor que había atendido a Carlos cuando, hacía poco, había enfermado de faringitis. Inmediatamente Matías le invitó a entrar, al tiempo que Enrique se ponía de pie para recibirlo.

-¡Vaya, Ignacio! -saludó el abuelo, tendiéndole la mano-. Me alegro de que hayas venido a visitarnos. Te estoy muy agradecido por haber acudido el otro día a ver a mi nieto. No te imaginas el problema que me quitaste de encima... Pero pasa, por favor. ¡Matías! -llamó el anciano, deseando pedir una silla más para el doctor, pero el criado se acercaba ya con ella. A veces el que fuera tan diligente hasta había llegado a molestarlo. Pero eso era antes, antes de que los chicos llegaran y él... bueno, dejara de estar triste y enfadado por todo. Ahora se limitó a sonreírle y agradecer con un gesto de

asentimiento su perenne dedicación.

-No, gracias, don Enrique -apartó el doctor el asiento para acercarse más al anciano-. Desearía hablar con usted; en privado, si fuera posible.

-¡Desde luego, hijo! Sígueme, por favor -pidió a su visitante, dirigiéndose ya a su despacho, en el que guardaba cientos de libros, que ahora se le habían llenado de otoño, pero que le ayudaron a vivir cuando la existencia se le había hecho tan difícil que llenó sus manos de llanto. Allí había pasado muchas horas, lejos del resto de los habitantes de la casa, tratando de imaginarse cuál iba a ser ahora su vida con aquel niño que nunca podría ser como los demás. Y luego, la enfermedad y la muerte de su esposa, quien no llegó a saber que seguía amándola muchísimo, lo mismo que a aquel extraño bebé, que no se había imaginado pero al que enseguida comenzó a querer con pasión, aunque nunca hubiera sabido expresarlo. Al entrar ahora en la estancia, los recuerdos acudieron en tropel, haciéndole sentir culpable. ¡Cuánto pesar había originado su silencio! Debía haber compartido su desorientación y su congoja con los demás. Si se hubiera atrevido a llorar en los primeros días de vida de Toñín, como había hecho su esposa, habría dejado atrás mucho antes la dolorosa sorpresa. La aceptación les habría traído a todos la alegría que llevaba años sin sentir. Ahora, gracias a sus nietos, la había recuperado, y su hijo, al que en un primer momento no había podido mirar, le recompensaba con su amor incondicional y desinteresado que le reconciliaba con la vida.

Se volvió a su visitante, indicándole un sillón, al tiempo que él se instalaba en otro, protegido por un antiguo crucifijo que había pertenecido a su familia desde hacía muchas generaciones y que, desde la altura, con sus ojos mansos,

miraba el sufrimiento de los hombres, olvidado del suyo propio. El anciano se dejó ahora abrazar por el cuero que tantas veces había soportado su cuerpo temblón de lágrimas.

-Pues tú dirás –se encaró con el visitante, quien parecía preocupado.

-Verá, señor –empezó él, un tanto titubeante- voy a intentar una especie de experimento que ignoro cómo va a salir y que me preocupa muchísimo porque se juega la vida de mi sobrina.

-Me asustas, Ignacio –adelantó el cuerpo el hombre, separándolo del respaldo del sillón para acercarse lo más posible a su interlocutor.

-No pretendo eso, señor, pero debo admitir que el asunto es muy serio. Verá, Estela es hija de mi hermano Mario; el del mesón, ya sabe –quiso explicar el doctor, por si el anciano no conseguía situarse.

-Desde luego que sí –cabeceó Enrique-. Siempre he admirado su enorme capacidad de trabajo, que ha conseguido convertir en un prestigioso restaurante el pequeño bar con el que empezó.

-Sí que han tenido que bregar mucho él y su mujer, Concha, pero eso ha hecho que no hayan dedicado demasiado tiempo a sus hijos. Toda su vida se ha desarrollado en el local. Sus refrigerios eran de pie, casi siempre mientras trabajaban, y mis sobrinos han comido en un rincón de las cocinas, servidos a la carrera por sus padres o por alguno de los cocineros, que interrumpía un instante su trabajo para llenar un plato y ponérselo en la mesa.

-No es bueno que el trabajo u otra causa –apuntó el anciano, mirando su propio pasado- nos separen de los hijos.

-No, y en este caso ha sido más bien nefasto. El cuadro es el siguiente. Voy a explicárselo para que usted se haga idea de la magnitud del problema. Sergio, el chico mayor, que cuenta ahora diez y siete años, es un goloso empedernido, que, disponiendo a capricho de sus comidas, elegía los platos más dulces, lo cual ha hecho que sus kilos aumenten de forma desproporcionada a su edad. En casi idénticas circunstancias está mi cuñada quien, además de comer mal y a destiempo, padece hipotiroidismo, el cual, como usted sabe, propicia también un peso excesivo. Le explico esto porque pensamos que el problema de la anorexia de la hija pequeña, de quince años ahora, además de por el descontrol alimentario que siempre se ha dado en su hogar, ha surgido de la reacción ante estos dos modelos que tiene constantemente delante y que chocan frontalmente con el ideal de belleza presentado por todos los medios de comunicación actuales.

-¡Dios! –se enfadó Enrique-. Cada vez estoy más satisfecho de haber arrumbado el televisor en el desván. No puedo entender cómo es posible que se permita continuar promocionando esos prototipos, que tantas vidas se están llevando por delante... No obstante, a pesar de comprender y compartir vuestro disgusto, no veo cuál puede ser mi intervención en el asunto.

-Ahora paso a explicárselo.

Carlos se había levantado a beber un trago de agua del botijo que tomaba el frescor de la noche, situado por Matías en el alfeizar de la ventana de la cocina. Mientras lo hacía no pudo evitar oír la conversación de los dos hombres en el despacho.

-Verá, señor –decía el doctor, con voz pausada y un tanto triste-. Mi sobrina lleva casi dieciocho meses con este proble-

ma. Acaba de salir del hospital y, aunque hemos conseguido que coja algunos kilos, sabemos que enseguida volverá a perderlos. Entonces, yo quisiera intentar una salida desesperada, pues como usted sabe muy bien, si la enfermedad no se ataja en los primeros años, después es casi imposible conseguirlo. He pensado en cambiarla radicalmente de ambiente, para intentar hacer que su cabeza pierda la nefasta programación que ahora tiene.

-Sigo sin entender en qué puedo ayudarlos –insistía el abuelo, preocupado.

-El otro día, cuando estuve a ver a su nieto, se me ocurrió pensar en, ya que había chicos en el pueblo, traer a Estela para, alejándola de su medio habitual, propiciar una mutación también en su mente. Mi hermana Marta, la historiadora, ya sabe... –tornó a aclarar el médico a Enrique.

-Sí, desde luego –aceptó el anciano, cabeceando-. Sigo su trayectoria y he leído alguno de sus ensayos e incluso de sus novelas.

-Esa es la cuestión. Va a venir a pasar un tiempo en el pueblo para dar fin a uno de sus trabajos sin las presiones de la ciudad, que no le permiten aislarse. Entonces, hemos pensado que Estela podría venir con ella, porque no me atrevo a cargar a mis padres en solitario con semejante responsabilidad, a parte de que no están preparados para ello. Usted sabe muy bien el problema de demencia de mi padre... –calló unos instantes, como abrumado por tantas dificultades. Después, encogiéndose de hombros ante lo inevitable y dispuesto a intentar salvar lo salvable, siguió-. La forma de vida de la chica sería absolutamente distinta durante un tiempo y, si además conseguimos que se distraiga y deje de pensar obsesivamente, como ahora hace, en su negación

absoluta a los alimentos, tal vez, sólo tal vez... –el hombre se detuvo un momento como si ya saboreara la victoria; luego continuó- lograríamos algo. Y ahí es donde entra usted y su familia. Necesitaríamos que sus nietos ayudaran a la chica, integrándola en la pandilla, cosa que no va a ser sencilla porque desconfía de todo y de todos, pues cree que cualquiera tiene la intención de hacerle comer para convertirla en “una despreciable gorda”.

-Desde luego. Cuenta con ello. Hablaré con los dos y...

-No, señor. Sería preferible que los muchachos no conocieran su problema y actuaran de forma natural, ya que ella tiene un gran rechazo a que nadie trate de ayudarla o le recuerde que debe comer o... en fin, que la cosa debería ser espontánea y sencilla, sin que ellos supieran que su intervención es necesaria y sobre todo que no pretendieran corregir sus hábitos o Estela se cerraría y no habríamos conseguido nada.

Carlos se sintió fatal, dándose cuenta de que había escuchado algo que no debía saber. Salió de puntillas por el pasillo y se sentó fuera, siguiendo la conversación que mantenían los otros sobre una entrada secreta que, en algún lugar, según aseguraban los más ancianos del lugar, daba acceso a la vieja mina.